

entonces, instigada por los Ingleses, declaró la guerra á Francia y se armó para reconquistar el Egipto. La acogida que á pesar de los tratados tuvo la escuadra de Nelson en Nápoles, fué un verdadero triunfo: creyóse á Buonaparte irremisiblemente perdido, y por lo mismo se encrudecieron, con la esperanza de vencer, los rencores inexorables de los príncipes europeos, y especialmente de los de Italia.

## CATÍPULO VII

Desastres. — Caída del Directorio.

Pablo II  
de  
Rusia,  
15 de  
noviem-  
bre.  
1796.

Catalina II, que por espacio de treinta y cuatro años estuvo dirigiendo según su entender y su capricho los destinos del Norte, había muerto (16 de noviembre de 1796), y su sucesor Pablo Petrowich había subido al trono. Este emperador dispuso que los funerales de Catalina fuesen una especie de reparación á Pedro III, asesinado por ella; y así, sacándolo de la tumba le hizo pomposas exequias, lo depositó al lado de Catalina y mandó que asistiera al entierro Orlof, uno de sus asesinos. La oposición que siempre habían encontrado sus deseos en una madre que no le tenía amor, había inspirado á Pablo mayor ansia de ejercer una autoridad ilimitada, y que él todavía exageró hasta la extravagancia. Así la omisión de las mas pequeñas formalidades era considerada en su tiempo como delito, y castigada severísimamente. Prohibió el uso de los sombreros redondos y de los pantalones; mandó que sobre las puertas de las tiendas no se pusiese la palabra *almacen*, palabra reservada para los edificios que contenían las provisiones destinadas á la casa imperial, y vedó la circulación de las *Advertencias al pueblo* escritas por Tissot, diciendo que el pueblo no tenía necesidad de advertencias: puerilidades risibles, si detras de ellas no apareciesen siempre el verdugo, el palo y la Siberia.

Receloso de los Franceses y de todos sus escritos, acogió á los emigrados y los socorrió con pensiones, pero decretó que fuesen de dos en dos á misa, que comulgasen por Pascua, y que los sacerdotes no los absolvieran sino en estado de gracia. Sin embargo, no pensó en castigar ni arruinar á los que podían desagradarlo, y prefirió el uso de la recompensa al del castigo. Proveyó también á las necesidades de la capital en materia de granos, y derogó el ukase que destinaba al servicio de las armas á un hombre por cada ciento; devolvió la libertad á catorce mil Polacos desterrados por Catalina á las provincias asiáticas, restituyó á la orden de Malta los bienes que le había secuestrado y reformó el ejército, quitando muchos abusos, entre ellos el que cometían los oficiales, cuyo número era grande, valiéndose de los soldados para el servicio doméstico.

Catalina se había obligado á dar sesenta y cinco mil hombres al Austria, pero habiendo

tratados pendientes entre Austria y Francia, quiso Pablo mantenerse á la expectativa, hasta que al fin Londres y Viena supieron hacerle renuncia á la neutralidad. Elegido protector de la orden de Malta, creyó poder llegar á ser jefe de la amenazada nobleza europea; tomó á sueldo el cuerpo de emigrados de Condé, y se propuso restablecer en Europa el antiguo orden de cosas. Pero el imperio germánico había padecido demasiado, y si los despojados anhelaban la guerra, los demás la temían, conociendo que no podían fiarse de Austria. Esta deseaba ardentemente renovar el combate, y ponía su esperanza en los tratados que se estaban negociando en Rastadt; entretanto sondeaba las disposiciones de las demás potencias, y Berlin llegó á ser el centro de las intrigas. La Prusia, sin embargo, obraba con mucha cautela, temiendo que desde Holanda ó Francia se difundiese por sus Estados el contagio revolucionario.

En los países conquistados las promesas de los Franceses habían sido mucho mas generosas que los hechos, y el gobernar tales países era muy difícil después de proclamadas las ideas de libertad y de igualdad, que el pueblo entendía en el sentido mas amplio y material. En Italia el desorden era grande, habiendo tantos que se creían con derecho para mandar y no hallándose ninguno que se creyera en la obligación de obedecer. Los pueblos estaban descontentos de sus gobiernos municipales; estos lo estaban de sus ejércitos y de los embajadores de Francia; los reyes, al ver que las Repúblicas robaban, levantaban empréstitos forzosos, y los republicanos querían conmovier países que aun se hallaban en estado de servidumbre.

En la cisalpina había sucedido á Berthier en el mando militar el general Brune, y el ejército secundaba las exageraciones de los jacobinos, que predominaban en los consejos y en las legiones lombardas mandadas por Lahoz. Los oficiales trataban al pueblo á haqueta como en país conquistado, exigiendo é imponiendo contribuciones sin alegar motivo alguno. Hacíanse escandalosos contratos con los comisarios de guerra: la sociedad de los contratistas de provisiones retribuía con el cuatro por ciento al estado mayor, y en los estados de la fuerza aparecía doble número de soldados del que existía en realidad; todo lo cual lo pagaba el pueblo. La extremada division del país en pequeños departamentos multiplicaba los empleados y los gastos: el número de representantes era inmenso, inexplicable la voracidad de los depredadores. La Francia estrechó su alianza con la cisalpina, obligándose á mantener en ella un cuerpo de defensa, y sujetándose la cisalpina por su parte á pagar 18.000.000 de francos al año. Si contra estas exigencias se hacían objeciones, se decía que habiendo creado la Francia aquella República, podía destruirla, y que no se daba la libertad á los Italianos por su linda cara. Pero habiéndose aumentado grandemente en aquella República el amor á la independencia, se gri-

taba en alta voz contra los agravios inferidos por la Francia, y se desaprobaba una alianza tan onerosa; por lo cual los Franceses acordaron restringir en sentido aristocrático la constitucion, decreto que fué apoyado por los Italianos ambiciosos ó vengativos.

El director Barras participaba de las ganancias ilícitas de los comisarios de guerra, y daba oídos é inspiraciones á todos los exagerados; pero los demás directores eran hombres probos, y Reveillére hizo decretar que pasara á Milan un embajador de Francia, y modificase la constitucion. En su consecuencia, fué enviado Trouvé, jóven ingenioso y entusiasta; pero los patriotas previendo que iban á ser excluidos de los empleos, cuyo número trataba de disminuirse, levantaron el grito y se apoyaron en los funcionarios, que entonces se convirtieron en partido de oposición al embajador y á los moderados. Sin embargo Trouvé, desplegando toda su autoridad, sometió á los descontentos y dió una nueva constitucion, en la cual se redujo á la mitad el número de individuos de los consejos, designándose cuáles eran los que habían de quedar, y se organizó el sistema de impuestos. A pesar de esto, habiéndole sucedido Fouché, patriota turbulento y cómplice de Barras, todo lo puso otra vez en desorden, dejando obrar á Brune y á las bayonetas, por lo cual en breve lo destituyó el Directorio y lo reemplazó Joubert, que restableció las órdenes de Trouvé. Estos cambios ocasionaban siempre nuevos disgustos, y hacían patente nuestra esclavitud; así es que indignados muchos, formaron un partido que queria la emancipacion sin auxilio extraño, y Pino, Lahoz, Teulie, Birago y otros fundaron la sociedad de los rayos, cuyo centro era Bolonia, y que aspiraba á la independencia.

En Roma se formó mejor la constitucion, y los nombres de cónsules, Senado, tribunos, halagaban la imaginacion con los recuerdos inmortales de un tiempo que pasó. Pero el pueblo no sabía acomodarse á este nuevo régimen; los empleados querían tener sus vacaciones como en lo antiguo; se apreciaban los empleos, pero no agradaban las pesadas obligaciones que iban unidas á ellos: las rentas públicas, bien administradas, no daban ya lugar á depredaciones, y la insolencia militar tenia su freno en un consejo cuya autoridad gustaba muy poco á los estados mayores. Los descontentos encontraban apoyo en el Directorio mismo, principalmente en Luciano Buonaparte, deseoso de hacer necesario al héroe su hermano, y de aquí nacieron disensiones prontas á estallar en los primeros desastres.

En efecto, los enemigos de Francia se armaban por todas partes y la diplomacia inglesa con pasmosa habilidad tejía una coalicion muy extravagante entre Inglaterra, Rusia y Nápoles. Fernando IV, rey de este país, hacia cuatro años que estaba arruinándolo con mantener un ejército de sesenta mil hombres inútiles, multiplicando las gabelas para sostenerlo, creando con profu-

sion papel moneda, arrebatando hombres y animales á la agricultura para hacerles morir de tedio y enfermedades. Lamentábase amargamente de la ocupacion de Malta y del estado de Roma, en la cual queria por sí solo restablecer el antiguo orden de cosas. Vista la larga lista de sus proscritos, el marques del Gallo le dijo: « Mandadles hacer un viaje á Francia, y si van » jacobinos, volverán realistas. » Pero Fernando era excitado á usar de rigor por Nelson, á quien detenían en Nápoles los atractivos de lady Emma Leona, jóven que había sido ramera en Inglaterra y servido de modelo á los pintores, ántes que el embajador Hamilton se hiciese su marido connivente y aun algo mas. Fernando solicitaba del Piamonte y de la Toscana que se le unieran para atacar á Francia. El príncipe Belmonte Pignatelli, su general, escribió á Priocca, ministro del rey del Piamonte, preguntándole por qué tardaba su soberano en romper unos pactos que le habían sido impuestos por la fuerza. « ¿Acaso, decía, puede calificarse de asesinato » el exterminio de nuestros tiranos? Los Franceses están esparcidos por el país y lo recorren sin recelo. Excitad los furios del pueblo » y haced que cada Piamontes se prepare para » matar á un enemigo de la patria. Estas muertes parciales valdrán mas que muchas batallas ganadas, y la justa posteridad no podrá » dar el nombre de asesinatos á los actos vigorosos de un pueblo, que sobre los cadáveres » de sus opresores marcha á recobrar la libertad. »

Esta comunicacion (si es que no fué fingida de propósito), dícese que fué interceptada por los Franceses; y publicada, dió pretexto al Directorio para ocupar la ciudadela de Turín (noviembre de 1798), mientras los patriotas multiplicaron sus esfuerzos para insurreccionar al país. Pero Austria avisaba que se iba á poner en marcha con sesenta mil hombres y con los Rusos á su retaguardia; Nápoles se proponía presentarse en campaña con cuarenta mil, y los Ingleses prometían suministrar dinero y armas, infestando entretanto las costas. Nápoles reunió á toda prisa setenta y cinco mil hombres, pero tuvo precision de buscar un general extranjero, que fué el austriaco Mack. Por disposicion de este se movieron las tropas dividiéndose en tres cuerpos, uno destinado á cortar la retirada hácia la cisalpina por Ancona, otro que debia proteger la Toscana, cuyo puerto de Liorna iba á ser ocupado por las escuadras inglesa y portuguesa, y otro que con Fernando esperaba entrar triunfante en Roma. El ejército frances de Roma, mandado por Championnet, estaba esparcido acá y allá para vivir sobre el país, y así los Napolitanos habrían podido sorprenderlo y sacar de este modo al Austria de su perjudicial vacilacion. En efecto, si Mack se hubiera adelantado situándose entre Roma y Terni, habria separado el ala derecha de la izquierda de los Franceses, y vencéndolos separadamente, habria sujetado média Italia. Pero

30 de  
agosto.

Italia.

1799.

23 de  
marzo.



29 de  
noviem-  
bre.

en vez de esto siguió el método antiguo; distribuyó sus cuerpos en columnas y entró en Roma. Allí el rey, triunfante sin mérito, restableció en su silla al papa; pero los soldados y la chusma abusaron del triunfo, se dieron al saqueo, ahogaron en el río á muchos Judíos y acabaron de despojar las habitaciones del Vaticano, llevándose las preciosidades que restaban, si es que alguna se había escapado de la rapacidad del Directorio. Pignatelli decía al mundo en una proclama: « Los Napolitanos han sido » los primeros en hacer sonar la hora fatal para » los Franceses, y desde lo alto del Capitolio » avisan á la Europa que los reyes han desper- » tado de su letargo. Sus, Piamonteses, romped » vuestras cadenas, oprimid á vuestros opre- » sores; » y se intimó á la guarnición del castillo de Sant'Angelo que por cada disparo de cañon que hiciese, sería entregado al furor del pueblo uno de los Franceses heridos.

14 de  
diciem-  
bre.

Championnet se retiró concentrando sus fuerzas y pronto volvió á recobrar el terreno perdido; entró en Roma, de la cual el rey huyó disfrazado y pensó aprovecharse de su fortuna para atacar el reino de Nápoles. Tiene este una frontera excelente; á la izquierda se apoya en Terracina sobre el Mediterráneo, á dos jornadas de Roma; en el centro pasa entre Rieti y Civita Ducale, á cinco leguas de Terni, y á la derecha se dirige hácia el Adriático: línea de cincuenta leguas que no puede rodearse porque termina en el mar. Si el enemigo se dirige sobre Terracina y Roma, los Napolitanos pueden acometerlo por la espalda saliendo por Rieti y Terni y ocupando los caminos que conducen á Foligno: si pasa por el centro ó la derecha, se empeña en montañas y desfiladeros difíciles, y si deja descubiertas las orillas del Tronto y del Adriático, pueden los Napolitanos en dos dias ponerse en Ancona. ¿Por qué, pues, tan buenas posiciones fueron siempre ó inútiles ó ganadas por los enemigos?

1799.

Ni aun entónces supo aprovecharse de ellas Mack, el cual volviendo cobardemente las espaldas, no se detuvo hasta llegar á Capua y á la línea del Volturno. El pueblo de Nápoles enfurecido pidió armas, y habiéndole sido dadas, se hizo dueño de la ciudad gritando que se le había hecho traicion; con lo cual rey, reina y Acton con 20.000.000 y las joyas (1) de la corona salieron para Sicilia en la escuadra de Nelson, sin dar orden ninguna, dejándolo todo en poder de la plebe codiciosa y de los ciudadanos irritados, y haciendo quemar los buques de su propia escuadra, como si temiesen que el pueblo hiciera aquella magnánima defensa de que ellos no eran capaces. Los paisanos sublevados detuvieron en su marcha á Championnet; pero Mack no sabiendo aprovecharse del ímpetu popular, hizo un armisticio, cediendo á Capua

1779.  
11 de  
enero.

(1) Segun la correspondencia de Nelson, solo las joyas que la reina confió á lady Hamilton valian mas de dos millones y medio de libras esterlinas (250.000.000 de reales).

y pagando una contribucion de 8.000.000. El pueblo, abandonado, juró por San Genaro morir ó arrojar á los Franceses del territorio; aquellos de quienes el rey huía por miedo de que lo entregasen, fueron sus únicos defensores; reinaba el tumulto en Nápoles y en el campo, tanto que Mack se vió obligado á huir y á refugiarse en el ejército frances, y Championnet guió á sus jacobinos contra la ciudad. El asalto era peligrosísimo; la plebe resistió aun despues de haber perdido por traicion el castillo de San Telmo, pero el general frances la persuadió á que depusiera las armas con tratar bien á uno de sus jefes preso, y con mostrar veneracion á San Genaro.

23 de  
enero.

Entónces se proclamó la República partenópea, sofocando con la algarazas los gemidos, las disensiones con los aplausos, triunfando los que hasta entónces habian sido perseguidos, y tomando el ejército frances el nombre de napolitano, « para combatir con ellos y por ellos y » defenderlos sin pedir mas premio que su » afecto. » Así decía Championnet, en torno del cual todo eran bailes y vivas y árboles de la libertad; y hasta San Genaro fué declarado ciudadano y adornado con el gorro colorado. Pero la libertad era cosa insólita, y mucho mas la igualdad, en una monarquía absoluta, en un país de tenaz feudalismo, de fanática ignorancia y que no habia adquirido con sus esfuerzos, sino recibido como donativo, su emancipacion. En medio de la efervescencia de los partidos se vistió al pueblo napolitano con el traje de otro pueblo, imponiéndole la constitucion francesa; se desvincularon súbitamente los dominios feudales y los fideicomisos, origen de embrollados litigios con los pueblos; se abolieron las jurisdicciones y empleos baróniles, los servicios corporales, los diezmos, los privilegios de caza y los títulos de nobleza; se corrigieron con integridad los abusos de los bancos, suprimiendo muehísimo papel, así como la contribucion sobre la pesca y harinas y capitacion.

Pero la manera precipitada con que se llevaron á cabo estas reformas impidió que produjeran el bien que de otro modo habrian producido. La hacienda quedó en gran desorden con la abolicion de tantas contribuciones sin ninguna que las reemplazase, y los que se hallaban á la cabeza del gobierno, entre ellos el filósofo Mario Pagano, parecian pusilánimes porque no podian secundar los ímpetus de un pueblo en revolucion. Entretanto Francia impuso á Nápoles una contribucion de 18.000.000 de ducados, que fué preciso sacar á la fuerza, haciéndose los repartimientos segun el capricho de los encargados. Entónces se echó mano de las alhajas y joyas de las casas; á las reclamaciones se respondía por algunos: *Imponemos tributo á la opinion*; y Championnet, viendo que el pueblo se conmovia, mandó desarmarlo. No eran gran remedio para la carestía, compañera inseparable de los desórdenes, las declamaciones pomposas, ni el hablar á los *lazzaroni* de Clau-

dio y Mesalina, de los derechos del hombre y de los destinos de la Italia. Los *democratizados* eran odiados en las provincias, donde plantaban árboles de la libertad y arrebataban el dinero. El ministro de la guerra habia proclamado que « aquel que hubiese servido al » tirano, nada tenia que esperar de un gobierno » republicano: » así todo el ejército antiguo, y los hombres de armas dependientes de los barones, milicia ya adiestrada, se quedaron sin pan convirtiéndose en merodeadores ó mendigos, y su interes propio les hacia suspirar por la vuelta del antiguo régimen.

Disgustado el Directorio de que Championnet se diese el tono de legislador, envió á Faypoult para que administrase la parte económica; pero el general, que por haber conquistado el país, creía tener un título para hacer en él cuanto fuese de su voluntad, despidió á los comisarios de la República. Este acto le mereció el castigo de la destitucion, y en su reemplazo fueron enviados Macdonald y Faypoult, el cual declaró bienes de la Francia los pertenecientes á la corona, á las órdenes militares y á los monasterios y los monumentos antiguos. Pero si se queria quitar al rey y á las corporaciones estas riquezas, ¿no debian con arreglo á derecho volver á la nacion?

Los Franceses, cada vez mas audaces, invadieron los Estados de Luca con Serrurier y despues con Miollis, cuya presencia dió aliento á los demócratas para pedir una constitucion popular, que fué la francesa. Pareció entónces que Pio VI se hallaba demasiado cerca de los dominios que le habian sido arrebatados, y se pidió satisfaccion á la Toscana por haberle dado asilo, permitiendo que las tropas napolitanas entrasen en Liorna. Con este pretexto se ocupó todo el país; el gran duque salió para Viena; Gauthier penetró en el territorio toscano; Miollis se apoderó de Liorna; expulsáronse los emigrados franceses, y Pio VI se refugió primero en Parma y luego en Valenza del Delfinado, mejor acompañado en su noble desgracia por las demostraciones populares, que lo habia sido por las demostraciones cortesanas en el otro pomposo y humillante viaje á Viena.

4708.

El Piamonte se hallaba de continuo agitado por los innovadores del interior y por los emigrados extranjeros, los cuales, sin embargo, no conseguian mas que multiplicar las víctimas, y aunque los reyes conjurados contra Francia instigaban á Carlos Manuel, que odiaba á esta potencia, para que rompiese con ella, no podian conseguir que faltase á los tratados que lo unian con los Franceses. Era embajador de Francia en Turin Ginguené, literato pedestre, republicano ardiente, sincero, discutidor y pródigo de promesas retóricas. Sabiendo que el Directorio queria perder al rey, lo trataba con dureza exigente; envió á su mujer á una funcion de corte con un traje mas que humilde (*en pet en l'air*); perfeccionó el arte de las pequeñas persecuciones; y organizó el partido de

los innovadores. No tardaron, pues, en sobrevenir conmociones, secundadas en el mar por Génova y en el Lago Mayor por la cisalpina, peleóse cerca de Ornavasso; pero vencieron los realistas, y las comisiones militares condenaron á muerte á muchos individuos en Domodossola. El ministro Priocca dirigió al gobierno frances sus reclamaciones contra tales actos de seducion y sobre el derecho que tenia el Piamonte para defenderse; pero la Francia tomó el tono de ultrajada, habló de puñales, de emigrados, de *barbetti*, dijo que habia una conjuracion urdida para asesinar á los Franceses, intimó al rey que cesára de enviar patriotas al suplicio y expediciones contra los insurgentes de Liguria; aumentáronse las exigencias para envilecer al rey ántes de abatirlo, y al fin se pretendió la ocupacion de la ciudadela de Turin, á lo cual hubo de acceder Carlos Manuel con la condicion de que se aquietasen los patriotas de la frontera cisalpina. Tan luego como se halló bajo el cañon frances se vió precisado á desarmarse, con lo cual habiendo cobrado osadía los patriotas intentaron el asedio, y si bien fueron rechazados con la pérdida de seiscientos hombres, el número de sus adeptos se aumentó en todas partes y tambien fueron en aumento los insultos al rey.

3 de  
julio.

Pero cuando llegó la noticia de la nueva liga contra Francia, el Directorio pensó que Carlos Manuel aprovecharia la oportunidad para vengarse, y por lo mismo Talleyrand dió á Joubert, que mandaba la ciudadela, el encargo de destruir aquel gobierno. Joubert, no pudiendo obtener la abdicacion del rey, divulgó contra él las ordinarias acusaciones, llamó de la cisalpina un cuerpo de tropas que pasó el Tesino *por via de precaucion*, y mientras el gobierno exhortaba á los ciudadanos á conservarse tranquilos, los Franceses ocuparon todas las fortalezas ó hicieron prisioneras las respectivas guarniciones. Carlos Manuel, obligado á entregar á los Franceses á Priocca, que era su mayor apoyo, para ahorrar al país las desgracias de una resistencia inútil, se fué. Así que hubo llegado á Cerdeña, protestó contra la violencia que con él se habia usado, y luego se entregó al descanso y á la piedad; y habiéndosele muerto en breve su mujer Clotilde, renunció la corona en favor de su hermano Victor Manuel (4 de junio de 1802), y se retiró á Roma. En Turin se instituyó un gobierno popular, ó mejor dicho, militar bajo el mando de Eymar; los jefes de familias fueron mandados en rehenes á Grenoble; fueron robadas las preciosidades de la corona que habia dejado el rey con toda su integridad; fueron devastados los museos para enriquecer el de Paris; quemáronse en la plaza del Castillo los títulos de nobleza, y se propuso la fusion con Francia.

El  
rey  
del  
Piamonte  
despo-  
sado.

Mas en Francia no estaba ya al frente de los negocios aquel Carnot que « habia organizado » la victoria, » y por todas partes se acercaba la tempestad. Los Rusos habian entrado en



Moravia, y todos veían inminente un nuevo choque entre los dos principios de la libertad y de la monarquía. Jourdan publicó de nuevo la ley de la conscripción, por la cual todo ciudadano francés sin excepción ninguna, desde la edad de veinte á la de veinticinco años, estaba obligado á servir en el ejército segun la necesidad, comenzando por los mas jóvenes, y en caso de guerra, por tiempo ilimitado. Pero lo difícil era encontrar dinero para mantener estas tropas, y á este fin se echó mano de los medios acostumbrados, que dieron el fruto ya conocido, á saber: el enriquecimiento de los hombres astutos y la pobreza general.

La fortuna de Francia iba decayendo. Su mejor ejército y sus mejores generales adquirían gloria en Egipto; no quedaban disponibles al gobierno mas de ciento cincuenta mil soldados; el tesoro al mismo tiempo estaba exhausto por haberse abolido las contribuciones indirectas y confiado á los pueblos la recaudacion de las directas; la subordinacion era escasa; los exaltados se hallaban siempre en lucha con los patriotas; la administracion estaba en manos malversadoras, y de los países protegidos, estos es, siervos, no se aprovechaban mas que los estafadores. Ausentes ó muertos los grandes generales, Moreau infundía demasiadas sospechas para que el gobierno quisiera confiarle el mando del ejército de Italia, y Joubert y Bernadotte se negaron á aceptarlo porque se trataba de restringir las facultades de los estados mayores. Scherer, ministro de la guerra que se había señalado en Bélgica y en las primeras campañas de Italia, fué preferido para este cargo; pero era viejo y poco querido del soldado porque reprimía la rapacidad militar. Á Macdonald se le dió á mandar el ejército napolitano; á Massena el de Suiza, á Jourdan el del Danubio, á Bernadotte el del Rhin, á Brune el de Holanda. Sin embargo, se creía preciso operar en una línea extensa desde el Texel al Faro, pues todavía no había venido á demostrarse por una larga práctica la verdadera naturaleza de tanto país, y cuán conveniente era concentrar los ejércitos sobre el Danubio y dar en aquel punto golpes decisivos.

1799.  
28 de  
abril.

Disolviase entónces el congreso de Rastadt, donde se había traficado bajamente con la Alemania, y al partir para Francia los enviados de esta nacion, fueron acometidos y muertos por húsares austriacos. Los leales Alemanes se apresuraron á rechazar toda clase de complicidad en semejante infamia, atribuyéndola á la corte de Viena, que irritada porque los embajadores franceses, revelando la doblez de su proceder, la habían deshonrado delante de toda Alemania, había querido sin duda sorprenderlos para apoderarse de sus papeles. De todos modos el archiduque Carlos prometió á Massena castigar á los autores de aquel asesinato.

Los Ingleses indujeron al emperador Pablo de Rusia á declarar á España una guerra que redundaba enteramente en provecho de la Gran Bretaña, la cual nada tenía que perder y sí mu-

cho que ganar en ella, al paso que extendía su comercio y posesiones, que vigilaba los movimientos franceses en Egipto y espiaba los sucesos de Sicilia y Holanda. La Rusia pensaba lealmente en restablecer las dinastías destronadas; pero Austria no abrigaba el mismo pensamiento, teniendo siempre la vista fija en las provincias cuya posesion codiciaba, así como en el Piamonte, y atenta á proporcionarse una frontera mejor en Suiza y en el Rhin. Austria, haciendo el último esfuerzo, podía poner en movimiento doscientos veinticinco mil hombres, además de los reclutas. Rusia le enviaba sesenta mil á las órdenes del fanático Suwarof, en quien la intrepidez suplía la falta de genio, y cuyo arte consistía en ir siempre adelante: ejército terrible, de civilizados jefes, de bárbaros soldados, á semejanza de lo que pasaba en su país; tropas sin instruccion ni artillería, pero que se hacían matar de buen grado, que tenían toda la fuerza que da la barbarie al servicio de la inteligencia, que formaban un compuesto de brazos salvajes sujetos á la voluntad de una cabeza científica. Pero en Viena el consejo áulico había concebido el plan de campaña á la antigua, y atendiendo más que á nada á Italia: así los esfuerzos que se hicieron en el Danubio fueron menores que en la península italiana, si bien allí mandaba el príncipe Carlos. Jourdan, su contrario, se encontraba con medios escasísimos; sin embargo, pasó el Rhin (1.º de marzo de 1799): Massena entretanto invadió el canton de los Grisones que había llamado á los Austriacos, y las primeras acciones fueron favorables á los republicanos. Pero la infeliz jornada de Stockach obligó á Jourdan á retirarse y solo lo salvaron los errores del consejo áulico. Al mismo tiempo en Italia el valeroso baron Kray conducía sus tropas contra Scherer, cuyos planes se frustraban todos y cuyo ejército fué derrotado en Magnano; de manera que también en Italia los republicanos iban de vencida.

La oposicion se envalentonó con los desastres y logró que en el Directorio fuese colocado Sieyes, tan famoso en la política como Buonaparte en el campo. Massena habiéndose encargado del mando de todas las tropas que ocupaban el país desde Dusseldorf al San Gotardo, se formó una fuerte posicion al otro lado del Limmat. Pero sobre Italia caía el terrible Ruso Suwarof, que cambió los oficiales austriacos del ejército de Italia, diciendo que eran « señoritas, petimetres y holgazanes. » El republicano Moreau, á quien Scherer había cedido el mando de los Franceses acampados á la sazón detras del Adda, habría podido restablecer las cosas gozando como gozaba de la confianza de sus soldados; pero no llegó á tiempo para lograrlo. El Adda fué pasado por todos puntos, y en Lecco, en Verderio y en Cassano (abril de 1799), se dieron batallas sangrientas, siendo el país saqueado y assolado, segun era de esperar de Cosacos que apenas tenían de hombres el aspecto. Con mucho trabajo pudo Moreau proteger á Milan hasta que se retiraron

16 de  
mayo.

Suwarof  
en  
Italia.  
27 de  
abril.

los patriotas, y volvió sobre Génova, desde donde podía libremente dirigirse á Francia y unirse con Macdonald que venía de Nápoles.

Suwarof, en vez de seguirlo, entraba triunfante en Milan. Esta capital, centro de la mejor de aquellas Repúblicas improvisadas, foco desde donde se había difundido la Revolucion por Italia, cedió entónces al poder de un ejército que al odio contra la libertad unía la venganza propia de un conquistador. Cesaron los festejos, los triunfos, las arengas, los periódicos; unos se ocultaron, otros huyeron, otros se apresuraron vilmente á merecer el perdon de los nuevos amos. Restablecieron las cruces y los blasones, y al grito de *Viva la religion, viva Francisco II* se saquearon los palacios y se asolaron las tierras de los jacobinos. Los que fiados en su propia moderacion se resolvieron á quedarse en Milan, fueron encerrados en las prisiones de Cattaro y del Sirmio, y comenzó un vasto sistema de persecuciones públicas y domésticas para satisfacer los rencores exacerbados por tres años de humillacion y por un momento de triunfo.

17-19  
de  
junio.

Macdonald acudia desde Nápoles despues de haber dejado débiles guarniciones en Capua, Gaeta y San Telmo, restableciendo al paso el decaído espíritu republicano en la Toscana, donde con insólito furor se había gritado también *Viva Fernando*. Arezzo y Cortona se atrevieron á oponer resistencia á sus armas, lo cual le robó un tiempo precioso que necesitaba para unirse con Moreau, que debía desembocar por la Bocchetta, de modo que Suwarof pudo interponerse con grandes fuerzas entre ambos en la llanura de Plasencia. Tres dias (junio de 1799) duró la encornizada batalla del Trebbia, al cabo de los cuales Macdonald se retiró hácia Génova por otro camino y despues se dirigió á Francia.

Las órdenes del Directorio impedían á Moreau operar resueltamente, y lo obligaban á esperar á Joubert. Este se puso á la cabeza de cuarenta mil hombres decididos; pero cuando Alejandria y Mantua sucumbieron y Kray y Suwarof reunieron sus fuerzas, no pensó mas que en retirarse por el Apenino, y en Novi, en la batalla mas sangrienta que se había dado hasta entónces, encontró la muerte. Moreau que lo reemplazó fué también derrotado. Al mismo tiempo Championnet bajaba por Cuneo sobre el Piamonte con mejor fortuna; pero al fin fué vencido y muerto; los Austriacos tomaron á Cuneo y á Tortona, y todas las fortalezas sucumbieron con tal rapidez que se acusó á sus gobernadores de corrupcion y de tibieza. El gobierno de Turin se refugió al territorio de Penirolo, y llegó á su colmo el desórden: Suwarof infundía por todas partes el espanto con sus manifiestos; Brandalucioni con partidas de gente levantisca del Canavesado, á quienes él llamaba masas cristianas, recorría furioso el país arrancando los árboles de la libertad, plantando en su lugar cruces, degollando á los jacobinos y saqueando sus casas. La guarnicion insuficiente de Turin, atacada por Wukassowich, tuvo que sucumbir (junio

15 de  
agosto.

de 1799): Cosacos y Panduros cometieron en la ciudad horribles atrocidades; llenáronse las prisiones de rehenes y el país de papel moneda, mientras el hambre se hacía cada vez mas insostenible, y en medio de esto los aliados en todo pensaban ménos en restituir su trono á Carlos Manuel.

En el brevísimo tiempo que duró la República partenópea poco motivo tuvo Nápoles para felicitarse de su situacion, al paso que la necesidad de las innovaciones disgustó á aquellos sobre quienes recayeron. Los Borbones habían huido por efecto tan solo de su pusilanidad, teniendo intacto su tesoro y completas sus fuerzas y dejando tras sí muchísimas personas fieles al rey que los abandonaba, á las cuales se fueron uniendo sucesivamente los descontentos. Los curas y los frailes excitaban el fervor de las poblaciones contra los patriotas, y cada dia se renovaban actos abominables. Prono y Rodio, jefes de las partidas levantadas en los Abruzos, no cesaban de molestar á los Franceses: en la Tierra de Labor, Miguel Pezza, famoso por el nombre de fray Diablo, y otros en otros puntos, se complacían en cometer asesinatos y hasta en beber sangre y comer carne humana; y el rey los llamaba « amigos y generales. » En las Calabrias había organizado la insurreccion el cardenal Fabricio Ruffo, que habiendo reunido gran número de tropas, invadió aquel país cometiendo horribles devastaciones en nombre de la santa fe. Entretanto, los buques ingleses y napolitanos conmovían las costas; la escuadra turca y rusa que sitiaba á Corfú, amenazaba caer sobre Italia; Nelson atacaba ya la Toscana, ya la Rumanía; esperábanse de Sicilia fortísimos cuerpos de tropas para engrosar el ejército de la santa fe, y al mismo tiempo se interrumpía toda comunicacion entre Egipto y Francia, y se capturaban buques y personas.

El gobierno republicano de Nápoles hubo, pues, de salir de aquella calma en que lo tenían la confianza en el bien y el deseo de no deshonorarse con crueldades. En todas partes se encrudecía la guerra civil, y las pésimas noticias que cada dia llegaban de los diversos puntos del país, tenían desanimados á los patriotas. Cuando el Directorio abandonó la República partenópea á sí misma, los Napolitanos creyeron haber adquirido verdaderamente la libertad y confiaron el poder supremo á Gabriel Manthoné. Pero en lo interior del país fermentaban los partidos; los insurgentes se adelantaron, y venciendo una fuerte oposicion asaltaron la desguarnecida Nápoles. Quiso como siempre defender la capital, cuando habría valido mas abandonarla y retirarse en buen orden á Capua ó á los montes, quitando así á los realistas la ocasion de cometer tantos asesinatos. Sin embargo, el cardenal Ruffo entró en la ciudad con sus guerrilleros, y los jefes republicanos, refugiados en los castillos, tuvieron que rendirse bajo condiciones honrosas y quedando en libertad para elegir entre refugiarse en los buques que escogiesen,

Bando-  
leros  
y supli-  
cios  
de  
Nápoles.

Mayo.

13 de  
junio.